

enemigos para reunir refuerzos. Ya el 3 de Agosto creyó poder salir, sin peligro, de Ratisbona; el 4 llegó á Landshut, donde tenía la esperanza de realizar la unión con las tropas auxiliares llamadas de Italia. Todo el interés de los de Schmalkalda estaba, por consiguiente, en estorbárselo; pero perdieron asimismo aquella favorable ocasión de alcanzar la victoria. No fué sólo la consideración á Baviera la que les impidió todo paso decisivo; sino faltaba asimismo á los enemigos del Emperador, abnegación, ánimo, y confianza en su causa. Ni Sajonia ni Hesse habían aportado dinero; creían hacer bastante conduciendo á los alemanes del sud sus tropas. Las ciudades se negaron pronto á pagar nada más, y juzgaban que la Palabra de Dios les costaba demasiado cara; hubieran preferido quedarse en sus casas y ajustar un convenio con el Emperador. Cuando se convenció también de mentirosa la esperanza en el auxilio extranjero, á las jactanciosas promesas de vencer del principio, sucedió un grande abatimiento. A la falta del dinero necesario, el cual no bastaban ya á suministrar las arrebatadas riquezas de iglesias y monasterios, se añadió la falta de unidad en la dirección. Lo que quería el ardiente Landgrave, desagradaba al cachazudo Príncipe elector, y lo que aconsejaba Schärtlin von Burtenbach, disgustaba á entrambos (1), y así, antes que los de Schmalkalda llegasen á tomar una resolución, el Emperador realizó su unión con las tropas enviadas por el Papa que llegaron de Italia (2).

Eran 11,000 infantes y más de 700 jinetes de caballería ligera. Estos entraron en Landshut el 7 de Agosto, mandados por Juan Bautista Savelli; la infantería llegó tres días después, pero venía tan exhausta por la prolongada marcha, que se le hubo de conceder algún descanso. El Comandante general, Octavio Farnese, hizo su corte al Emperador el 11 de Agosto, y halló en él la más graciosa acogida. Dos días después se le entregaron las insignias del Toisón de oro. Luego hizo muestra de sus tropas en parada delante del Emperador, el cual quedó sumamente complacido del aspecto excelente del ejército. Los soldados, escribía

(1) Cf. Janssen-Pastor III^{as}, 638 s.

(2) En la corte de Francia se había tenido por cierto, que los de la liga de Schmalkalda lo impedirían; v. la *carta de Dandino, obispo de Imola, al cardenal camarlengo, fechada en Fontainebleau, á 8 de Agosto de 1546. Nunz. di Francia, 2. *Archivo secreto pontificio*.

á Roma Verallo, han superado la expectación de todos (1). Con la llegada de éstas, y además de otras fuerzas de combate, obtuvo Carlos V la superioridad numérica sobre sus enemigos, contra los cuales publicó entonces la sentencia de proscripción, fechada á 20 de Julio (2).

El 26 de Agosto, ocupó Carlos V un campamento bien fortificado, en la llanura frente á la ciudad fronteriza de Baviera, Ingolstadt; los de Schmalkalda dispararon contra la ciudad y el campamento, pero sin aventurar un ataque, y la retirada que emprendieron el 4 de Septiembre estaba en cruda contradicción con las frases altaneras y ofensivas del reciente cartel de desafío que acababan de enviar al Emperador. De esta suerte alcanzó Carlos V la superioridad moral (3), y tampoco les sucedió bien á los de Schmalkalda el plan que por entonces perseguían, de cortar al Emperador la comunicación con las tropas que había reclutado en los Países Bajos el conde Maximiliano von Büren. El 15 de Septiembre reunió Büren su ejército con el del Emperador, el cual dispuso entonces de 50,000 hombres de infantería y 14,000 caballos (4). Pero á pesar de su superioridad, no quiso Carlos V jugarlo todo en un lance, antes bien formó el plan de entretener al enemigo agotando sus recursos pecuniarios. La situación de los de Schmalkalda se empeoró, principalmente por no haber recibido los auxilios que habían solicitado de Dinamarca, Francia é Inglaterra; y tampoco se les cumplió su esperanza de que los turcos les sacarían del aprieto. El Emperador volvió á apoderarse de Donauwörth, Dillinga, Lauinga, y los de Schmalkalda retrocedieron hasta ocupar, á mediados de Octubre, un fuerte campamento en Giengen, al norte de Ulm. Allí permanecieron seis semanas en la inacción, mientras el Emperador acampaba en Lauinga. En ambas partes hacía la peste muchas víctimas, y principalmente padecieron mucho las tropas españolas é italianas, no acostumbradas al áspero Otoño de Alemania; de suerte que se

(1) V. Nuntiaturberichte IX, xxii s., 186 s.; cf. además Mocenigo en las *Fontes rer. Austr.* XXX, 125 s., quien con todo critica duramente la elección de los jefes superiores (cf. p. 137). Los nombres de los capitanes de las tropas auxiliares italianas se hallan en Manente, 285 s.

(2) V. Nuntiaturberichte IX, 185, 197.

(3) V. Riezler en las *Abhandl. der bayr. Akad. der Wissensch.* XXI (1895), 221; Bezold, 780; Egelhaaf II, 470; Lenz en la *Histor. Zeitschr.* LXXVI, 467.

(4) Cf. Kannengiesser, *Karl V und Maximilian Egmont, Graf von Büren*, Freiburg 1895.

iban disminuyendo gradualmente por las enfermedades y deserciones (1). Pero el Emperador no se dejaba atraer á una batalla: su constancia previsorá era la que había de encadenar la victoria á sus banderas.

A fines de Octubre se desenvolvió otra fase del plan, muy de antemano trazado por Carlos V: el duque Mauricio de Sajonia, declaró la guerra á su primo Juan Federico, y cumplió la sentencia de proscripción decretada contra éste; sin embargo, no fué la catástrofe de Sajonia, sino los apuros pecuniarios, lo que decidió la guerra contra los de Schmalkalda. «El prometido dinero francés, escribía más adelante Felipe de Hesse, faltó; Wurtemberg y las ciudades, ni querían ni podían dar nada, Sajonia y nosotros estábamos sin dinero, y por eso tuvimos que retirarnos» (2). A 23 de Noviembre se separaron en Giengen los aliados, y como advertía mofándose Schärtlin, el Landgrave se dirigió apresuradamente por Wurtemberg á su casa, donde tenía sus dos mujeres; y el Príncipe elector saqueó en su retirada á los Estados débiles del Imperio, ya fueran católicos, como Gmünd, Maguncia y Fulda, ó protestantes, como Frankfort (3).

La retirada de los de Schmalkalda dejó dueñas del campo, contra toda expectación, á las tropas imperiales, las cuales por efecto de la humedad, el frío y las enfermedades, se hallaban en muy difíciles circunstancias. La guerra quedaba victoriosamente terminada en el Danubio, sin un combate, casi sin una escaramuza, por la perspicacia y férrea perseverancia de Carlos, el cual mostró siempre gran tranquilidad y seguridad. Pocas veces una de las partes ha acometido una lucha con mayor jactancia, y conducidola con menor habilidad; y así se presencié el extraño espectáculo de un ejército al principio superior, que acabó por retirarse ante otro más débil, sin desenvainar la espada, y finalmente se dividió y volvió apresuradamente á sus hogares.

Apenas había el Emperador obtenido la victoria, cuando comenzó también por parte de los Príncipes y ciudades del Sud de Alemania, una verdadera porfía de las más sumisas peticiones

(1) Sobre las deserciones en masa de los italianos, con motivo de la partida del Cardenal Farnese, v. Nuntiaturberichte IX, 310, nota 1, 312, nota 2.

(2) Römmel, Urkundenbuch 262-263; cf. Egelhaaf II, 475 s.; Histor. Zeitschr. XXXVI, 76; LXXVII, 468.

(3) V. Janssen-Pastor III^{as}, 648 s.; cf. Nuntiaturberichte IX, 364 s., 375.

de gracia. Carlos V perdonó, pero hizo que los culpables pagasen de firme las costas de la guerra. En el concepto religioso, creyó por de pronto deber conceder tolerancia en todas partes del Sud de Alemania (1). Esta conducta, en la cual miró con razón el Papa un quebrantamiento del tratado de Junio, y luego asimismo otras cuestiones, produjeron nuevas desavenencias con la Santa Sede.

(1) V. Janssen-Pastor III^{as}, 650 s.; Egelhaaf II, 477.